

IRIARTE, TOMÁS DE (1750- 1791)

SELECCIÓN

El Oso, la Mona y el Cerdo

Un oso, con que la vida
se ganaba un piamontés,
la no muy aprendida
danza, ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
dijo a una mona: - "¿Qué tal?"
Era perita la mona
y respondió: "Muy mal".

"Yo creo - replicó el oso,
que me haces poco favor,
¡Pues qué! ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?"

Estaba el cerdo presente,
y dijo: "¡Bravo! ¡Bien va!
Bailarín más excelente
no se ha visto ni verá".

Echó el oso al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:

"Cuando me desaprobaba
la mona, llegué a dudar;
mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo bailar".

Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aprueba, malo;
si el necio aplaude, peor.

El Pato y la Serpiente

A orillas de un estanque,
diciendo estaba el pato:
- ¿A qué animal dió el cielo
los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire.
Cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo;
si se me antoja, nado. –

Una serpiente astuta,
que le estaba escuchando,
le llamó de un silbido,
y dijo: - Señor guapo,

no hay que echar tantas plantas;
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo.

Y, así, tenga sabido
que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.

La Hormiga y la Pulga

Tienen algunos un gracioso modo
de aparentar de que lo saben todo:
pues cuando oyen o ven cualquier cosa,
por más nueva que sea y primorosa,
muy trivial y muy fácil la suponen,
y a tener que alabarla no se exponen.

Esta casta de gente
no se ha de escapar, por vida mía,
sin que lleve su fábula corriente,
aunque gaste en hacerla todo el día.

A la pulga la hormiga refería
lo mucho que se afana,
y con qué industrias el sustento gana;

de qué suerte fabrica el hormiguero;
cuál es la habitación, cuál el granero,
cómo el grano acarrea,
repartiendo entre todas la tarea;
con otras menudencias muy curiosas,
que pudieran pasar por fabulosas,
si diarias experiencias
no las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
contestaba la pulga, no diciendo
más que éstas u otras expresiones:
"Pues... ya... sí... se supone... bien... lo entiendo...
ya lo decía yo... sin duda... es claro;
ya ves que en eso no hay nada de raro".

La hormiga, que salió de sus casillas
al oír estas vanas respuestillas,
dijo a la pulga: "Amiga, pues yo quiero
que venga usted conmigo al hormiguero,
ya que con ese tono de maestra
todo lo facilita y da por hecho,
siquiera para muestra
ayúdenos en algo de provecho".

La pulga, dando un brinco muy ligera,
respondió con grandísimo desuello:
"¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse en ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día."

El galán y la dama

Cierto galán a quien París aclama,
petimetre del gusto más extraño,
que cuarenta vestidos muda al año
y el oro y plata sin temor derrama,

celebrando los días de su dama,
unas hebillas estrenó de estaño,
sólo para probar con este engaño
lo seguro que estaba de su fama.

«¡Bella plata! ¡Qué brillo tan hermoso!»,
dijo la dama, «¡viva el gusto y numen
del petimetre en todo primoroso!»

Y ahora digo yo: «Llene un volumen
de disparates un autor famoso,
y si no le alabaren, que me emplumen.»

*Tres potencias bien empleadas
En un caballero de estos tiempos*

Levántome a las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan a afeitar.
Traigan el chocolate, y a peinar.
Un libro... ya leí. Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar..?
¿Han puesto la berlina? Pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo, y a correr...
Ya doña Eulalia esperará por mí...

Dio la una. A cenar, y a recoger...
"¿Y es éste un racional?" "Dicen que sí."

Mis deseos

Si Dios omnipotente me mandara
de sus deseos tomar el que quisiera,
ni el oro ni la plata le pidiera,
ni imperios ni coronas deseara.

Si un sublime talento me bastara
para vivir feliz, yo le eligiera;
mas, ¡cuántos sabios referir pudiera
a quien su misma ciencia costó cara!

Yo sólo pido al Todopoderoso

propicios me conceda estos tres dones,
con que vivir en paz y ser dichoso:

un fiel amigo en todas ocasiones,
un corazón sencillo y generoso
y juicio que dirija mis acciones.

La semana adelantada

Un tío enfermo y en edad anciana
casó con su sobrina (¡muy mal hecho!),
doncella alegre, joven y lozana,
pronta a cobrar el marital derecho.

Díjola el novio: "te prevengo, Juana,
pues vamos a estrenar el nupcial lecho,
que yo sólo una vez cada semana
podré servirte en algo de provecho"

Conformose la ninfa; y recibiendo
aquel tributo solitario y frío,
repetía entre sí: "peor es nada".

Mas, llamado el anciano reverendo,
le instaba humilde: "Vaya, tío mío,
siquiera una semana adelantada".

El escarabajo

(Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada a los que se entregan al estudio de
una erudición pesada y de mal gusto.)

Tengo para una fábula un asunto,
que pudiera muy bien... pero algún día
suele no estar la musa muy en punto.

Esto es lo que hoy me pasa con la mía;
y regalo el asunto a quien tuviere
más despierta que yo la fantasía;

porque esto de hacer fábulas requiere
que se oculte en los versos el trabajo,

lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será, pues, un pequeño escarabajo
el héroe de la fábula dichosa,
porque conviene un héroe vil y bajo.

De este insecto refieren una cosa:
que, comiendo cualquiera porquería,
nunca pica las hojas de la rosa.

Aquí el autor con toda su energía
irá explicando, como Dios le ayude,
aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude
para insertar después una advertencia
con que entendamos a lo que esto alude;

y según le dictare su prudencia,
echará circunloquios y primores,
con tal que diga en la final sentencia
que así como la reina de las flores

al sucio escarabajo desagrada,
así también a góticos doctores
toda invención amena y delicada.

El ricote erudito

Hubo un rico en Madrid (y aun dicen que era
más necio que rico),
cuya casa magnífica adornaban
muebles exquisitos

«¡Lástima que en vivienda tan preciosa»,
le dijo un amigo,
«falte una librería!, bello adorno,
útil y preciso.»

«Cierto», responde el otro. «Que esa idea
no me haya ocurrido!...
A tiempo estamos. El salón del Norte
a este fin destino.

Que venga el ebanista y haga estantes
capaces, pulidos,
a toda costa. Luego trataremos
de comprar los libros.

Ya tenemos estantes. Pues, ahora»,
el buen hombre dijo,
«¡echarme yo a buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,
y es obra de un siglo...
Pero ¿no era mejor ponerlos todos
de cartón fingidos?

Ya se ve: ¿por qué no? Para estos casos
tengo yo un pintorcillo
que escriba buenos rótulos e imite
pasta y pergamino.

Manos a la labor.» Libros curiosos
modernos y antiguos
mandó pintar, y a más de los impresos,
varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto
sus tomos postizos
que, aprendiendo los rótulos de muchos,
se creyó erudito.

Pues ¿qué mas quieren los que sólo estudian
títulos de libros,
si con fingirlos de cartón pintado
les sirven lo mismo?

Los dos loros y la cotorra

De Santo Domingo trajo
dos loros una señora.
La isla en parte es francesa,
y en otra parte española.

Así, cada animalito
hablaba distinto idioma.

Pusieronlos al balcón,
y aquello era Babilonia.

De francés y castellano
hicieron tal pepitoria,
que al cabo ya no sabían
hablar ni una lengua ni otra.

El francés del español
tomó voces, aunque pocas;
el español al francés
casi se las toma todas.

Manda el ama separarlos,
y el francés luego reforma
las palabras que aprendió
de lengua que no es de moda.

El español, al contrario,
no olvida la jerigonza,
y aun discurre que con ella
ilustra su lengua propia.

Llegó a pedir en francés
los garbanzos de la olla,
y desde el balcón de enfrente
una erudita cotorra
la carcajada soltó,
haciendo del loro mofa.

Él respondió solamente,
como por tacha afrentosa:
«Vos no sois que una *purista*».
Y ella dijo: «A mucha honra».
¡Vaya, que los loros son
lo mismo que las personas!

El erudito y el ratón

En el cuarto de un célebre erudito
se hospedaba un ratón, ¡ratón maldito!,
que no se alimentaba de otra cosa
que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un gatazo el vigilante celo
pudo llegarle al pelo,
ni extrañas invenciones
de varias e ingeniosas ratoneras,

el rejalgar en dulces confecciones,
curar lograron su incesante anhelo
de registrar las doctas papeleras,
y acribillar las páginas enteras.

Quiso luego la trampa
que el perseguido autor diese a la estampa
sus obras de elocuencia y de poesía;
y aquel bicho travieso,
si antes lo manuscrito le roía,
mucho mejor roía ya lo impreso.

¡Qué desgracia la mía!
(el literato exclama): Ya estoy harto
de escribir para gente roedora;
y por no verme en esto, desde ahora
papel blanco no más habrá en mi cuarto.

Yo haré que este desorden se corrija...
Pero, sí; la traidora sabandija,
tan hecha a malas mañas, igualmente
en el blanco papel hincaba el diente.

El autor, aburrido,
echa en la tinta dosis competente
de solimán molido.
Escribe (yo no sé si en prosa o verso).

Devora, pues, el animal perverso,
y revienta por fin... ¡Feliz receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):
Quien tanto roe, mire no le escriba
con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera;
pero usarla conviene más severa
contra censura injusta y ofensiva,
cuando no hablar con sincero denuedo
poca razón arguye, o mucho miedo.

Un caballero de estos tiempos.

Levántome a las mil, como quien soy;
me lavo. Que me vengan a afeitar.
Traigan el chocolate, y a peinar.
Un libro... Ya leí; basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy.
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?
¿Han puesto la berlina? Pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro; al campo, y a correr...

Ya doña Eulalia esperará por mí...
Dio la una. A cenar, y a recoger...
-¿Y es este un racional? -Dicen que sí.

Trabajos por Juana

Pensando en Juana tomo siempre el sueño;
Juana mi reflexión de noche afana;
pienso en Juana también por la mañana
y Juana a todas horas es mi dueño.

Juana me desanima con su ceño;
Juana otras veces me parece humana;
severo estoy, según me mira Juana;
según me mira Juana, estoy risueño.

Sin Juana estoy y a Juana tengo al lado;
no es imperio el de Juana: ¡es despotismo!
Juana es en mí un espíritu arrimado

y para Juana no hallo un exorcismo...
¿Ves cómo este soneto está enjuanado?
Pues aún más enjuanado estoy yo mismo.